

INTRODUCCIÓN:

Réplicas a la letanía del poder

Valga una anécdota minúscula, pero que al mismo tiempo considero profundamente reveladora, para presentar el empeño que guía la investigación que recojo en la presente tesis doctoral. La tomo del profesor Jesús Martín-Barbero quien, discutiendo en torno a los retos de la investigación en comunicación, refiere el episodio que le contaba un colega acerca de su etapa profesional en Radio Sutatenza, célebre cadena de emisoras de Colombia consagrada a la “acción cultural popular”. Relataba así este comunicador que los directivos de dicha cadena quisieron en un momento dado de su trayectoria evaluar el resultado de dicha “acción” sobre la población campesina colombiana y encargaron la realización de una encuesta entre estos radiooyentes. De esta investigación se desprendió una conclusión que dejó atónitos a dichos directivos: La abrumadora mayoría de los campesinos afirmaban que, entre toda la parrilla de Radio Sutatenza -cargada de emisiones formativas, de información agrícola, de entretenimiento, etc.-, su programa preferido no era otro que *el rezo del rosario*. Ante esto, los encargados de la emisora, convencidos de que todo se debía a un error en la labor de los encuestadores o en el diseño de las preguntas, exigieron que se repitiera la encuesta entre los campesinos. Las respuestas de estos, empero, seguían contradiciendo empecinadamente las expectativas de los directivos, al señalar nítidamente el rezo del rosario como el programa de mayor calado entre aquella población. Todo se aclaró en cuanto uno de los encuestadores dio su brazo a torcer y, asumiendo que no se trataba de ninguna confusión, se salió del guión para interesarse por la razón de tan marcada preferencia, a lo que los campesinos repusieron: “porque es el único programa en que podemos contestar a los de Bogotá; en el rezo del rosario ellos dicen una parte del avemaría y nosotros la otra, es el único programa en que no hablan ellos solos”¹.

El trabajo que inicié en el año 2001 en el marco del curso de doctorado “Investigación y cultura en comunicación” de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de Málaga, partía de algo muy similar al desconcierto y la inquietud que experimentaron los directivos de Radio Sutatenza ante las obstinadas y inescrutables respuestas de la población rural colombiana. De entrada, y en un plano general, ellas nos sitúan cara a cara con algo que hoy no podemos ya reducir a una mera intuición: Por un lado, la asunción de que existe una discontinuidad fundamental en los procesos comunicativos que no cesa de invalidar profundamente nuestras más acabadas preconcepciones

1 J. Martín-Barbero, *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerarios para salir de la razón dualista*, Ediciones G. Gili, Naucalpan, México, 1989, pp. 96-97.

acerca de los *efectos* que a ellos presuntamente se les atribuyen. Por más férrea que nos parezca la cadena de producción y difusión mediática en distintos momentos históricos, una observación minuciosa nos revela la invariable presencia de *eslabones perdidos* que sitúan una fractura constante en el ámbito de los destinatarios. Y ello se trate de radios populares aconsejando a campesinos colombianos sobre sus cosechas, del Pato Donald condicionando ideológicamente desde sus viñetas o de gobiernos occidentales alarmando al mundo sobre la amenaza de las armas de destrucción masiva. Por otro lado, y desprendiéndose de la fractura citada, se constata que aquellos a quienes se dirige la producción mediática, los llamados “receptores”, no pueden ser reducidos a un esquema de pasividad y disciplinamiento, sino que en ellos es identificable una voluntad de participación, una disposición a la réplica, por más que esta sea no más que la mitad del Avemaría.

Ello abría ante mí un ámbito de investigación tan vasto como poco hollado hasta entonces por mi parte, uno que me habilitaba a reflexionar sobre la comunicación como un proceso abierto que no acababa cuando las últimas flechas del cuadro comunicativo clásico llegaban al destinatario, sino que se imbricaba en la vida cotidiana de la gente y se ponía en juego en sus dinámicas de construcción cultural, toda vez que con una relevancia insoslayable. De qué manera se articulaba y qué fuerzas concurrían en dicho proceso serían, pues, las interrogantes iniciales para adentrarme en este prometedor territorio donde, por fin lo comenzaba a vislumbrar, no me encontraría en modo alguno en el fin de trayecto de la comunicación, sino que justamente podría comenzar a transitar en pos de las huellas que trazan el camino que los consumidores hacemos al andar.

Dicho territorio constituía para mí, además de un campo de investigación muy atractivo que permitiría restituir la comunicación al ámbito de la *experiencia* concreta y de la vida cotidiana (del que mi anterior etapa académica se había encargado concienzudamente de erradicarla), una opción de urgencia ante determinadas tendencias predominantes en el contexto comunicativo del momento. Y es que, junto con líneas de trabajo que me resultaban inspiradoras y de gran interés, en aquel periodo de transición del segundo al tercer milenio tomaban cada vez más fuerza otras perspectivas comunicativas que estimaba, y estimo, poco halagüeñas y, como mínimo, altamente sospechosas. Concretamente, me refiero al marcado acento sobre la “globalización” y sobre las “nuevas tecnologías” de la comunicación y de la información.

En cuanto a estas últimas, en general la sensación de *déjà vu* (o *déjà lu*) resultaba difícilmente eludible en muchos estudios que remitían directamente a lo estudiado sobre las reacciones ante los sucesivos inventos de la radio, la televisión o, por qué no decirlo, de la propia

imprensa. En primer lugar, se recurría de nuevo a la fórmula de la *aparición*, mediante la cual los más intrincados ingenios técnicos quedan caricaturizados como fenómenos repentinos, inconexos y desgajados históricamente de cualesquiera determinantes económicos, sociales o incluso propiamente tecnológicos. Íntimamente ligado a esto, numerosos estudios coincidían, de forma más o menos consciente, en otorgar a dichas nuevas tecnologías la posición de *sujeto*, gramatical y, por extensión, teórico, de los más variados predicados educativos, comunicativos, políticos, artísticos, etc. De esta manera, en un ejercicio cercano a la prestidigitación argumental, mientras por un lado se nos hurtan las matrices históricas de las innovaciones, los vectores que han concurrido para dotarlas de sus formas actuales, por el otro lado se las presenta a ellas precisamente como agentes impulsores de las transformaciones, las cuales adquieren automáticamente la cualidad de *neutrales*, factores técnicos indiscutibles e irreversibles. Ejecutada esta maniobra, el campo queda abierto a las más dispares especulaciones, en un abanico que abarca desde el más eufórico de los ciber-mesianismos hasta las admoniciones más apocalípticas. Y así, ya sean “los videojuegos”, “Internet” o “la televisión digital terrestre” provocarían hoy *per se* una profundización plena de la democracia o la sumisión total y la deshumanización a manos de las máquinas.

Por lo que respecta a la “globalización”, considero que no conviene apresurarse demasiado en quitarle las comillas a un concepto que no es en absoluto contemporáneo (de hecho, se viene recurriendo a él para distintas empresas desde hace siglos) y que, además, disfruta en su formulación actual de un calado directamente proporcional a su vaguedad, cuando no directamente a su ininteligibilidad. Y ello de nuevo, a mi entender, de forma ampliamente deliberada y muy cuidadosa en evitar, si no reprimir, cualquier protesta o debate (qué mejor ilustración de esto que los muros y alambradas erigidas en Sevilla, Génova y demás ciudades donde se vienen reuniendo los organismos de decisión global para *proteger* a sus representantes de los ciudadanos), en lo que constituiría un intento de invisibilizar los factores políticos, sociales y económicos que la definen históricamente, a menudo de manera contradictoria, y la conforman tal y como es. Llegados a este punto, cabe identificar estas maniobras apelando a aquel proceso de *naturalización* por los “mitos” ante el que se rebelaba Roland Barthes hace casi cinco décadas:

Esta transformación de la historia en naturaleza, de la existencia en esencia, es propagada en el ámbito del discurso por el mito. La imagen mítica, que es en realidad la máscara del concepto, se presenta como razón del concepto. Un sistema de valores se propaga así como una serie de hechos.²

Y nuevamente estimo que las consecuencias de esta naturalización de la historia resultan

2 R. Barthes, *Mythologies*, Éditions du Seuil, Paris, 1957, pp. 257-258. (La traducción es mía).

profundamente negativas, no sólo en tanto que impiden aprehender la evolución que experimentan las formas de poder político y económico en las últimas décadas hasta dar lugar a los diseños sociales actuales, sino al borrar de un plumazo simultáneamente aquellas matrices históricas que apelan a la resistencia, a la oposición y cuya marca se encuentra igualmente inscrita en las dinámicas que vivimos hoy. De este modo, al mismo tiempo que la “globalización” vendría a legitimar los diversos desmanes de las clases dominantes bajo su apariencia irrevocable, estaría arrebatándonos los referentes conflictivos de los que ella misma es portadora y a los que los dominados podrían apelar y recurrir para su crítica. La relevancia de este despojo la cifra en el convencimiento de que dicha crítica ha de surgir de la asunción de que las réplicas a la letanía del poder por parte de las clases subalternas puede y debe trazarse históricamente mucho más atrás de los campesinos colombianos y el rosario de nuestra anécdota.